



Los anillos del alma

Las delgadas líneas rojas de la salud en Nicaragua

José Manuel Solla Camino

Sentí la necesidad de contarle en el mismo instante en el que cerraba la puerta de la casa de Dalia, en pleno corazón de La Chureca, el basurero de Managua.

Nunca hasta el momento, a pesar de mis numerosos viajes a Managua, había tenido contacto prolongado con alguien que viviera y trabajara en La Chureca. Estábamos trabajando en un documental sobre asistencia sanitaria en Managua, y Dalia, con la ayuda de "Dos Generaciones", ONG que trabaja con niños de la calle, fue nuestro personaje.

La "Chureca" de Managua es lo más parecido a un campo de batalla que he visto en mi vida. Ahí la épica y la poesía se cruzan a diario entrelazando vida e historias como las de Dalia. La estética de la Chureca se sustenta sobre una línea de fondo que es el lago de Managua. Montañas de basura, zopilotes compitiendo con los recicladores de basura y el flaco ganado parasitado, máquinas como *panzers* despiadados que de cuando en cuando se cobran la vida de algún muchacho despistado que no supo intuir a tiempo el movimiento del gigante, en su obsesión por distinguir entre la basura un córdoba donde tú sólo sabes ver basura.

Muy de pequeña fue dada a una familia que vivía en el Cerro Concepción. Ella, que había nacido en el Cerro Maderas –ambos volcanes en la preciosa Isla de Ometepe-, hermana de sus trece hermanos, sobrante en una familia sin recursos, iniciaba sin saberlo un trágico destino que la haría terminar en La Chureca de Managua. A los catorce años decidía seguir por primera vez su propio impulso vital, espoleada por la ausencia de cariño y el maltrato. Pronto vendrían los primeros "tiernitos" –hasta cinco-, el maltrato y el abandono, la soledad de la madre que no espera nada ya de nadie, que tiene que resolver y que ve cómo las primeras ilusiones y palabras bonitas se tornan en palizas y sordidez.

Pasó por todos los oficios que su inteligencia y coraje

le permitieron, pero, como un vértigo fatal, el destino la fue llevando inexorablemente a La Chureca. Allí tiene su casa desde hace más de quince años; allí consigue su sustento trabajando diez horas diarias para conseguir dos dólares al día. La comida la obtiene en su mayor parte de la propia basura, frutas en estado de semidescomposición, restos de carne que le sirven para hacer un caldo; lonchas de queso al vacío que fueron tiradas por caducidad vencida y que adquirieron un tono verdoso, son lavadas cuidadosamente e ingeridas como un manjar. Los parásitos y las infecciones, sobre todo respiratorias y digestivas, son algo cotidiano que ya no asusta.

Tanto ella como sus cinco hijos se desparasitan a menudo y el círculo comienza nuevamente. Pero lo peor no es eso; lo peor es cuando en tu cálculo no entra que un precioso chocolate encontrado en la basura va aderezado con una importante carga de veneno y tres amigos de sus hijos fallecen después de ingerir tan preciado bofín. Aceptan todo con resignación y con una alegría que te hace sentir culpable: "Diosito proveerá". La religión lo impregna todo y es la última tabla de salvación; esta resignación no les impide comprender su propia realidad y buscan sin encontrar salidas a esta vida de miseria. María Eugenia, la del medio, se quemó a los ocho meses; ahora tiene ocho años, es muy vivaz e inteligente, aprendió a leer en la escuela que hay dentro de La Chureca y tiene notas muy altas; su dedo índice y pulgar están pegados desde entonces por una macabra cicatriz. De ello le preocupa la burla de sus compañeros en la escuela. A pesar de todo, es muy hábil con las manos y tiene una fuerza increíble.

Dalia pregunta si aún sería posible hacer algo para que esa manita gane funcionalidad. Nos ponemos en contacto con APROQUEN, una institución benéfica que atiende a todo tipo de quemados sin recursos y que

funciona de manera envidiable. La cita se obtiene inmediatamente y la atención no puede ser mejor. La dirige el Dr. Mario Pérez, cirujano plástico con dilatadísima experiencia en la atención a quemados, pero el seguimiento es igualmente exquisito con intervención de pediatras, psicólogos y fisioterapeutas.

El gran reto para María Eugenia a partir de ahora es conseguir llegar a la siguiente cita con su vendita y su herida en las mejores condiciones. El primer control pone en evidencia la imposibilidad de mantener una venda limpia y recibe una reprimenda; es por su bien, todo se puede ir al traste si no conseguimos que el injerto no se infecte. A mí me da mucha pena, porque estoy situado justo en la mitad del discurso del médico, del científico y del humanista; veo la necesidad de mantener una herida aséptica y la casi imposibilidad de conseguirlo en una casa, si se la puede llamar así, donde el suelo se convierte en tierra enlodada cuando llueve, el humo asfixiante de la basura se cuela a sus anchas y el hedor es

insoportable para cualquiera que no tenga años de vivir allí. Con todo, supera su primer control con éxito y el aspecto tanto de la zona injertada como de la donante es muy bueno. En el momento de escribir estas líneas me llama Lesly Ruiz, el médico del consultorio que hay dentro de La Chureca y me comenta que acaba de hacerle la cura y que la venda todavía conserva un buen aspecto. ¿Tendremos suerte? ¿Conseguiremos restaurar el aspecto y la función de esta mano?

En el fondo, María Eugenia hasta el momento no ha tenido tan mala suerte. Ella, por supuesto, no está en los percentiles de una niña de su edad en nuestro país, pero es muy lista y alegre, a pesar de que también le falta una falange de la mano no quemada, de la que no se queja ni se acuerda; por supuesto fue producto de otro accidente casero, pero al fin y al cabo es un tema menor.



Peor suerte corrió su hermana Lidia, que actualmente está en tratamiento antiepiléptico y tiene un retraso mental. Nunca se supo muy bien la causa que lo produjo, pero la niña era normal hasta los tres años y después de un cuadro febril que recibió múltiples diagnósticos sustentados en suposiciones clínicas, le dejó como secuela el mencionado retraso mental y un cuadro epiléptico, probablemente una encefalitis. Una vez más "fue la voluntad de Dios".

La mayor, Kathy, tiene trece años y ejerce como verdadera madre mientras Dalia consigue arrancarle unos cordobas a la basura. A ella le gustaría estudiar y tiene inteligencia suficiente para ello, pero no hay recursos ni quien se haga cargo de sus hermanitos. Jonathan, con 12 años, es el único varón y ya va ayudando algo con la recogida de basura y el reciclado de plástico; también cocina y cuida de sus hermanos más pequeños.

Mientras cierro la puerta de la casa de Dalia, también me acuerdo de Chema y de Fernando, que venían con nosotros

a poner marcapasos y a reforzar servicios de Ginecología, pero el aparato burocrático del presidente Ortega impidió conscientemente que pudieran realizar sus cometidos. Sencillamente no obtuvimos el permiso para poner marcapasos a treinta personas que lo necesitan en un país que apenas tiene nivel terciario de asistencia y que no pone más de unos 30 marcapasos en todo el año; el resto se mueren por el camino.

En los dos años anteriores pusimos cuarenta y cinco marcapasos, uno de ellos a un muchacho de 25 años. En esta ocasión se nos impidió revisarlos y poner nuevos marcapasos. Intento tomar distancia y no entrar en disquisiciones políticas. Por eso ahora pongo el punto final a esta crónica de Managua, puramente descriptiva, para que cada cual se sienta con su conciencia y saque sus propias conclusiones.